

La enseñanza e investigación de la historia de EU en México*

Josefina Z. Vázquez
EL COLEGIO DE MÉXICO

Se analiza con detalle el desarrollo de los estudios sobre Estados Unidos llevados a cabo en las instituciones mexicanas de educación superior hasta principios de los ochenta.

LA CERCANÍA, SU PESO E IMPORTANCIA

Estados Unidos ha sido la principal potencia durante el presente siglo al que sin duda ha impuesto el sello de su cultura y estilo de vida. El impacto de su presencia —en cualquiera de sus formas, desde la ocupación militar hasta la más efectiva realizada a través de los medios de comunicación masiva— ha ido uniformando usos y costumbres en buena parte del mundo. Y no lo han podido impedir ni las cortinas ideológicas, ni los orgullos nacionales. Así, algunas de las formas de expresión típicamente norteamericanas como el rock y el jazz, el *chewing gum*, el *self-service*, los *jeans*, la coca-cola y las hamburguesas se

han impuesto por doquier. Los vecinos México y Canadá no podían escaparse de esa invasión pacífica y el impacto recibido de las formas culturales norteamericanas ha sido definitivo.

Ahora bien, si volvemos la vista al pasado, no hay duda de que Estados Unidos ha sido uno de los elementos decisivos en la historia mexicana. Su independencia y su Constitución influyeron ideológicamente a sus vecinos del sur; su expansionismo fue una avalancha

* Una primera versión de este trabajo apareció en Lewis Hanke (comp.), *Guide to the study of United States history outside the U.S. 1945-1980*, Kraus International Publications, Nueva York, 1985, t. III, pp. 130-153.

que México no pudo contener y que le ocasionó la pérdida de más de la mitad del territorio. A causa de la gigantesca revolución industrial que tuvo lugar en Estados Unidos, las relaciones entre los dos países se fueron haciendo más y más complejas, y los problemas derivados de una frontera compartida se dificultaron e hicieron más pesados, en especial debido a la diferencia de recursos y de poder que creó una creciente y extrema dependencia. Durante varias décadas de la pasada centuria y de la presente, hasta las relaciones exteriores de México se redujeron a los contactos con Estados Unidos, a la vez que su economía se convertía en un apéndice complementario de la de su poderoso vecino. México, naturalmente, ha tratado de superar esta situación y ha aprovechado todas las oportunidades favorables para alcanzar un mínimo de autodeterminación; pero no ha sido capaz de escapar al arrastre gravitacional y a la enorme influencia de su vecino.

No hay, por tanto, duda de la importancia que ha tenido y tiene el conocimiento sobre Estados Unidos para los mexicanos, de lo que se inferiría la existencia de un conocimiento cabal sobre la historia, las instituciones, la sociedad, la economía y la política norteamericanas. Eso sin embargo no es así, el desconocimiento sobre Estados Unidos en México es casi sorprendente. Curiosamente en el único momento en que los mexicanos se preocuparon seriamente por conocer a su vecino, fue en la etapa de la consolidación de la independencia, cuando Estados Unidos era considerado un "modelo" y los periódicos reproducían las constituciones, los artículos de *El Federalista*, los ensayos de Paine y los políticos analizaban las instituciones y el gobierno norteamericanos. El libro de Lorenzo de Zavala, *Viaje a los Estados*

Unidos del norte de América (1834) prueba los conocimientos alcanzados. La llegada del primer ministro Joel R. Poinsett en 1825, con su carisma y activismo, constituyó el punto culminante del interés hacia Estados Unidos y el descubrimiento del peligro que significaba para el nuevo país. A la oferta de compra de Texas seguiría toda una serie de actos hostiles que culminarían con la invasión norteamericana de 1846-1847. El trauma de las pérdidas del Tratado de Guadalupe Hidalgo, nos dejaría la nefasta herencia de empeñarnos en ignorar a un vecino del cual dependía el triunfo de nuestras revoluciones—por la venta de amas y la aplicación o no de las leyes de neutralidad—, la estabilidad de nuevos gobiernos, pendientes del reconocimiento y un cierto bienestar económico ligado al permiso o a la prohibición de entrada a nuestros productos.

A través de los años, el gobierno mexicano se ha empeñado en que los norteamericanos nos conozcan, pero no en conocerlos. Daniel Cosío Villegas, preocupado por esto desde los años 40, denunciaba en un artículo de 1967, el alarmante hecho de que, mientras los norteamericanos estudiaban a México intensamente, lo inverso no sucedía, a pesar de su historia común. Y hacía un llamado para estudiar a Estados Unidos, dando, entre otras, estas dos razones:

la primera, tener una historia común que supone, como es natural, la existencia de intereses semejantes y antagónicos; la segunda, el inmenso lugar que ocupa la sociedad norteamericana en el mundo de hoy, especialmente como modelo de este mundo. Pero también podría justificarse si se piensa en las fallas de la sociedad americana, que no son pocas ni menores. Si algún mexicano se resolviera a estudiar el problema del negro en Estados Unidos [...]



1
4
7

Enseñanza de la historia

podría darse el gusto de hallar un caso [...] en que la historia mexicana ha sido más afortunada y en que ha sido mucho más sabia nuestra conducta.¹

El sentimiento contradictorio de atracción-rechazo que los mexicanos sienten por Estados Unidos está relacionado con una trágica experiencia histórica y con la triste realidad de un país pobre que comparte una inmensa frontera con el país más poderoso del mundo. En los libros de texto y en los programas de educación primaria y secundaria, los únicos acontecimientos de la historia de Estados Unidos destacados eran la guerra de Independencia y la guerra de 1847, convertidas en símbolos de los valores positivos y negativos de ese país. En años más recientes, otros aspectos del pasado de

Estados Unidos comenzaron a ser incluidos: la formación de las colonias, la guerra civil, la revolución industrial, el inicio de sus tendencias imperialistas y las dos guerras mundiales. Sin embargo, tanto la docencia como la investigación sobre Estados Unidos ha sido pobre y se ha abierto paso con harta dificultad, y apenas a partir de los años 70 empezó a cobrar la importancia que merecía, aunque no ciertamente el estudio de su historia.

LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA Y EL INTERÉS MEXICANO POR EU

Ya desde el siglo pasado, historiadores de alto nivel intelectual como Lucas Alamán, Joaquín García Icazbalceta, Manuel Orozco y Berra y otros, establecieron las bases sobre las que debería edificarse la infraestructura de la investi-

¹ Cosío Villegas, "Necesidad", 1968, t. 1, pp. 9-17.

gación. Desde el principio de su vida independiente, México tuvo un Archivo, una Biblioteca y una Hemeroteca nacionales así como diversos acervos documentales y bibliográficos.

Sin embargo, la verdadera profesionalización de la historia vino más tarde, a pesar de que la vida académica mexicana es la más antigua del continente. Los primeros estudios históricos impartidos en México fueron los de la Escuela de Altos Estudios de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), cuyo programa estaba diseñado para preparar maestros de historia. No fue sino hasta 1941, en que se creó El Colegio de México (transformando por decreto gubernamental la original Casa de España, fundada para dar cobijo intelectual a los universitarios españoles exiliados en México), cuando su Centro de Estudios Históricos se abocó a preparar profesionales para la investigación de la historia hispanoamericana. Se perseguía un doble objetivo: que por primera vez los investigadores de la historia recibieran un entrenamiento y que por primera vez los estudios históricos trascendieran las fronteras nacionales. Por eso no resulta raro que la primera cátedra de Historia de Estados Unidos la dictara ahí, en 1944, un profesor visitante, B. S. Loewenberg.

Dos años después se estableció, en forma más o menos permanente y en la Facultad de Filosofía y Letras, una cátedra de Historia de Estados Unidos con Luis Martínez Palafox como profesor. El profesor había hecho algunos estudios en el país del norte y, aunque no llegó a convertirse en verdadero profesional, su gran entusiasmo lograba interesar a sus alumnos en una materia que era optativa. Martínez usó como únicos auxiliares de esa clase los viejos textos de Harold Faulkner y James Truslow Adams, los

primeros en ser traducidos al español, a los que seguirían el de Morison y Com-mager en tres tomos y el breve texto de este último autor. En 1948 la Escuela del Instituto de Antropología e Historia establecía también una cátedra de Historia de Estados Unidos, pero duraría poco tiempo al discontinuarse la carrera de historia en esa institución.

Desde largo tiempo antes, la Escuela de Verano de la Universidad Nacional (a partir de 1957 Dirección de Cursos Temporales) venía impartiendo cursos de Historia de las relaciones entre México y Estados Unidos (1928-1970) y Comercio entre Hispanoamérica y Estados Unidos (1930-1963), y en las décadas de los 50 y 60 ofrecería uno de Historia comparada de México y Estados Unidos. Estos cursos deben haberse originado en campos de interés de algunos profesores, pues desaparecieron al ampliarse el alumnado, hasta entonces prácticamente dominado por los norteamericanos, a japoneses, europeos y africanos, quienes sin duda no estaban interesados en estudiar en México tópicos referentes a Estados Unidos.

UN MAYOR BIENESTAR Y AUTOCONFIANZA PROMUEVEN UNA RELACIÓN MÁS FÁCIL CON ESTADOS UNIDOS

Los cambios económicos y demográficos experimentados por México durante la década de 1940 acarrearón la transformación de todas sus instituciones de enseñanza superior. La Universidad Nacional se mudó a la Ciudad Universitaria, donde el crecimiento del Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras fue impresionante. Entre los nuevos cursos se ofrecían algunos que prestaban gran atención a la historia de Estados Unidos: revoluciones inglesa, norteamericana y francesa (1957) e His-

toria de las relaciones entre México y Estados Unidos (1963) que el profesor Carlos Bosch impartía ya en la Dirección de Cursos Temporales y que poco después empezó a dictar también en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (1966).

En 1958 se había establecido la carrera de Historia en la Universidad Iberoamericana con un buen número de profesores de la Facultad de Filosofía y Letras y en 1960 se dictaba el primer curso de Historia de Estados Unidos. No obstante, el interés en establecer una cátedra de esta materia que contase con un profesor especializado y con una bibliografía accesible en su biblioteca, apareció de nuevo en El Colegio de México que durante los años cincuenta había suspendido la docencia al ver que su labor de profesionalizar la enseñanza —mediante profesores de dedicación exclusiva la habían continuado las facultades de Filosofía y la de Ciencias Políticas en la Universidad Nacional.

Daniel Cosío Villegas venía expresando su preocupación por el hecho de que no se estudiara con seriedad la historia norteamericana en México. De esa manera era natural que al inaugurar sus cursos el Centro de Estudios Internacionales y reiniciarlos el de Estudios Históricos en 1961, se pensara no sólo en invitar a un profesor visitante a dictar la clase de Historia de Estados Unidos, sino en enviar a uno de sus profesores a especializarse para establecer una cátedra permanente en El Colegio. Cosío Villegas consiguió financiamiento especial de la Fundación Rockefeller para enviar profesores mexicanos al extranjero y para traer profesores visitantes al Colegio mientras los primeros se preparaban. De 1962 a 1964, Josefina Z. Vázquez dedicó sus esfuerzos a especializarse en la Universidad de Harvard, al tiempo que El

Colegio iniciaba la compra de un fondo bibliográfico que permitiera que el estudio se hiciera con un módico grado de seriedad. El primer profesor visitante fue Charles Sellers en 1963; más tarde lo siguieron William Taylor, Hugh Clelland y John Coatsworth, que compartieron la clase con la profesora Vázquez, quien a partir de 1970 y hasta 1981 la dictó en forma exclusiva.

En el transcurso de los años 60, ambos países experimentaron cambios decisivos e importantes. En México, la expansión económica y la explosión demográfica empezaron a reflejarse en la vida universitaria. Se establecieron muchas instituciones de enseñanza superior tanto privadas como públicas y la Universidad Nacional Autónoma de México experimentó un tremendo crecimiento. La nueva Ciudad Universitaria, pese a la gran previsión con que se planeó, pronto resultó insuficiente, y durante los años 70, más de un cuarto de millón de estudiantes planteó la necesidad de descentralizar el área metropolitana, dividiéndola en cuatro escuelas de estudios profesionales, además de que se fundó la Universidad Autónoma Metropolitana. La UNAM continuó siendo, sin embargo, la principal institución académica del país y sus cursos de historia y literatura anglosajonas se incrementaron.

Bajo estas circunstancias en general favorables, en 1965, Margarita Quijano, profesora de literatura comparada, junto con John Brown, agregado cultural de la embajada de Estados Unidos, conjugaron esfuerzos para fundar un Centro de Estudios Norteamericanos en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

El establecimiento no se logró, pues la inusitada actividad de un funcionario de la embajada —a pesar de ser un intelectual de reconocida fama como crítico literario— despertó sospechas políticas en las

1
5
0

autoridades universitarias que sólo permitieron que se impartiera una decena de cursos —entre los que se contaban Historia intelectual de Estados Unidos, Historia de la cultura norteamericana y diversos aspectos de su literatura, teatro y arte—, pero no la constitución del mencionado centro. Al hacerse cargo Leopoldo Zea de la dirección de la Facultad de Filosofía y Letras en 1966, ponderó con madurez los acontecimientos y reconoció que la idea no era mala. Decidió por tanto despejar las sospechas limitando la participación de la embajada al simple patrocinio de profesores visitantes —John Brown continuó impartiendo un seminario— y al obsequio de libros; cambió el nombre al de Centro de Estudios Angloamericanos que incluyó los cursos de historia y literatura inglesa ya existentes. La dirección del centro se dejó en manos de Juan A. Ortega y Medina,

profesor serio e intachable, desde antaño preocupado por el puritanismo y los viajeros norteamericanos y se invitó como colaboradora, secretaria y editora de la revista del centro, a Josefina Vázquez. La revista *Anglia* empezó a aparecer en 1968 con artículos de conocidos historiadores norteamericanos y mexicanos, aunque sólo lograron ver la luz seis números. El primer número lo encabezaba el artículo de Daniel Cosío Villegas “De la necesidad de estudiar a Estados Unidos” que marcó sin lugar a dudas la orientación de la revista como un instrumento dedicado a estudiar el presente y el pasado norteamericanos.²

La década de los 60, con la lucha por los derechos civiles, la protesta estudiantil, los *hippies*, la guerra de Vietnam y el viaje a la Luna, atrajo más atención hacia

² *Ibid.*



Estados Unidos. Los norteamericanos perdieron parte del sentido histórico negativo que tenían hacia los mexicanos y del político del tiempo de la guerra fría y alcanzaron la nueva dimensión de víctimas de su propio sistema, que los hacía menos temibles ante los ojos de los estudiantes, de suerte que el interés por la historia y la cultura se amplió. El número de cursos ofrecidos en historia y literatura por la Facultad de Filosofía y Letras llegó a rebasar la docena y para la especialidad de Estudios Latinoamericanos se convirtió en obligatorio el curso de Historia de la América anglosajona que no era sino una historia de Estados Unidos. Los estudiantes en general, tomaban los cursos más bien por los profesores que los impartían; pero hubo grupos pequeños que empezaron a interesarse tan seriamente que se abrieron seminarios para el estudio de temas especiales como la evangelización de la Nueva Inglaterra, la guerra entre México y Estados Unidos, etc. y unos cuantos alumnos partieron a Estados Unidos a realizar estudios de especialización. Se dictaron también numerosas conferencias y gracias a las becas Fullbright varios profesores visitantes norteamericanos acudieron a la Universidad Nacional, que algunas veces compartió este beneficio con la Iberoamericana. El único historiador que vino en esa capacidad fue Daniel Tyler, de cuyo esfuerzo aparecerían dos años más tarde publicaciones en la Iberoamericana.³

De 1970 a 1972, Radio Universidad transmitió un programa sobre la perspectiva norteamericana de los acontecimientos mundiales; así el centro llegó a ser realmente una parte productiva de la UNAM con una proyección definida dentro de los círculos intelectuales del país.

³ Tyler, *Destino*, 1977 y *Truman*, 1981.

Sin embargo, eso no lo salvó de la mentalidad de guerra fría que confundía las actividades académicas con las políticas. Al cambiar la dirección de la Facultad de Filosofía y Letras, la oposición al centro se reactivaría y terminarían por cerrarlo en 1972.

Sin embargo, el interés académico iniciado por El Colegio había prendido. Con el crecimiento de los Centros de Estudios Internacionales y Estudios Históricos, los cursos sobre la historia de Estados Unidos se hicieron obligatorios. Se enseñaba también a partir de 1967 Historia de las relaciones entre México y Estados Unidos y Política exterior de Estados Unidos y se había formado un grupo de científicos sociales interesados en el estudio del vecino país del norte, entre los que destacaban Mario Ojeda, Lorenzo Meyer, Jorge Bustamante y Olga Pellicer. Estos estudiosos reforzaron el interés en esa área originada en las dos vertientes que Daniel Cosío Villegas había señalado en su artículo: la comprensión de la historia común, en especial la pérdida del territorio, y la comprensión de las instituciones y la política norteamericana hacia Latinoamérica, con vistas a contrarrestarlas.

Con estos intereses, en otras instituciones se establecieron cursos sobre Estados Unidos. En 1971, Irene Zea, ex alumna de El Colegio empezó a dictar en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM el curso Estados Unidos, política de las grandes potencias, dándole un carácter histórico. Entre 1973 y 1975, Takako Sudo, egresada del Centro de Estudios Angloamericanos impartió cursos en la Universidad Veracruzana, después de obtener su maestría en la Universidad de Texas en Austin. Para 1978 la Universidad Autónoma Metropolitana contrataba una profesora que se ocupara de la especialidad y en la Uni-

1
5
2

versidad de Nuevo León se empezaba a enseñar Historia de Estados Unidos como materia optativa al tiempo que el currículum de la maestría en Historia con especialidad en la frontera norte, incluía como cursos obligatorios, dos de Historia de Estados Unidos, dos de Historia de las relaciones entre México y Estados Unidos, uno de Historia de los indios de Norteamérica, otro de Historia de las zonas anexadas a Estados Unidos (1848-1975) y otro más de Historia de los mexicanos en Estados Unidos. Varios profesores de El Colegio impartieron esas materias como visitantes. Esta maestría respondía al interés aparecido en los años setenta por el grupo chicano que empezaba a tener una gran presencia en las universidades y en El Colegio de México. En esta última institución se les acogió en cursos normales o especiales y uno de los programas, desde el verano de 1979, se destinó a profesores universitarios chicanos.

El modesto auge de los estudios sobre Estados Unidos se incrementó gracias al interés expresado al respecto por el presidente electo José López Portillo en 1976. La Secretaría de Educación Pública comenzó a patrocinar, poco después, un programa de estudios sobre Estados Unidos en El Colegio de México, que permitió incrementar el acervo bibliográfico y reunir y organizar buena información hemerográfica así como publicar un buen número de artículos sobre política y economía norteamericanas en la revista *Foro Internacional*. En 1979 el programa estableció un centro de documentación e inició la publicación de una serie de libros con la edición de *México frente a Estados Unidos* y una guía bibliográfica anual.⁴

⁴ Vázquez y Meyer, *México*, 1982.

El Centro de Estudios del Tercer Mundo se interesó también en el tema e hizo una publicación anual de noticias sintéticas de los sucesos en el vecino país que de alguna forma nos afectaban. El Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE) estableció un seminario sobre Estados Unidos a cargo del profesor Luis Maira que produciría estudios que analizaban la política de la Unión Americana.

Paso a paso se reunieron colecciones bibliográficas, acervos documentales y materiales diversos para estudiar a Estados Unidos en México. Las colecciones más extensas eran las de El Colegio de México y de la Biblioteca Benjamín Franklin; pero la UNAM, la Universidad Iberoamericana y la Universidad de las Américas (Cholula, Pue.) integraron pequeñas colecciones, todas ellas, sin embargo, insuficientes para realizar un estudio profundo y exhaustivo acerca del pasado de Estados Unidos. El Colegio de México ha enfatizado los aspectos contemporáneos y sus libros de historia de Estados Unidos significan solamente el 1% de su acervo total. La Biblioteca Benjamín Franklin no proporcionaba una alternativa mejor con sus 2 500 libros de historia y sus 4 000 sobre gobierno y política.

Toda esta historia no sirve para otra cosa que para mostrar el largo y tardío camino para despertar el interés por la historia norteamericana en el país tal vez más afectado por ella. A principios de los años 80, el interés parecía haber madurado. No sólo había profesores especializados que la enseñaban en forma permanente en varias instituciones, sino que cada vez un mayor número de estudiantes se interesaban en ella misma, y no sólo en las relaciones diplomáticas con nuestro país.

Todavía ninguna institución mexicana ofrecía grados de especialización en



1
5
3

estudios norteamericanos, pero dado el número de interesados y los planes que programaban conjuntamente El Colegio de México y la Universidad Nacional, el futuro parecía prometer la maduración de los empeños del pasado.

INVESTIGACIÓN Y PUBLICACIONES

Sólo por excepción, hasta tiempos recientes, los mexicanos se han atrevido a historiar un pasado que no sea el propio. De esta forma se ha hecho historia mexicana o cuando más historia hispanoamericana, sobre todo en la parte que es historia común, la colonial. Al iniciarse la profesionalización de la historia, el hecho de que los maestros que dirigieron la renovación —Silvio Zavala en El Colegio de México y Edmundo O’Gorman en la Facultad de Filosofía y Letras— fueran hispanoamericanistas, determinó que las

primeras generaciones de historiadores profesionales recibieran una formación menos restringida a la historia nacional. De todas formas la investigación estaba y ha seguido centrada en la historia propia, en parte porque no ha sido tan fácil obtener financiamiento para investigar fuera del país y porque sin duda la historia mexicana está muy lejos de haberse agotado.

Durante las primeras décadas de este siglo, el historiador positivista Carlos Pereyra publicó, durante su exilio en España, su estudio *Breve historia de América* (1930), en el que, por primera vez, se incluía un capítulo sobre la formación y desarrollo de Estados Unidos. Pero O’Gorman y Zavala fueron los primeros historiadores que reconocieron la pertinencia de un estudio cuidadoso sobre la historia de las Américas que incluyera a Estados Unidos. Zavala comparó

1
5
4

las experiencias coloniales, que explican los procesos divergentes posteriores, fundó asimismo la *Revista de Historia de América*, con artículos sobre el pasado de todo el continente, que ayudó a promover una conciencia de la unidad hemisférica.⁵ O'Gorman integró el significado de la conquista a su filosofía de la historia. En su obra *La invención de América* considera que, dados los términos en que Europa concibió a América, o sea, como un reflejo de su propio ser, la historia de este continente existe en la medida en que es europea.⁶ Esto permitió solamente dos opciones: la imitación de Europa o la aceptación de los modelos europeos adaptados al suelo americano. Según O'Gorman, la primera vía fue la que siguió el mundo hispanoamericano al elaborar la imagen de una realidad desconocida que aclimataba modelos europeos al nuevo mundo. Por otra parte, la otra América, la anglosajona, adaptó el modelo europeo a sus propias circunstancias y se dio la oportunidad de ejercer la libertad religiosa, política y económica. La colonización y explotación de un inmenso territorio creó una nueva sociedad, una cierta nueva Europa. Estas dos Américas han jugado un importante papel en la historia mundial. La América hispana ha liberado al hombre occidental de sus cerrados conceptos acerca del mundo. La América anglosajona lo ha liberado de permanecer subordinado a un concepto europeo centralista del universo. La interpretación de O'Gorman penetró la esencia ontológica de la historia de las dos Américas y planteó preguntas fundamentales sobre el significado de la historia.

⁵ Zavala, "Programa", 1955, pp. 148-161 y *Mundo*, 1967.

⁶ O'Gorman, *Invención*, 1958.

Estos acontecimientos en el campo de la interpretación historiográfica eran, en algún grado, resultado de los cambios producidos al final de los 30 y en el transcurso de los 40. La presencia de los refugiados españoles y, en menor medida, de otros europeos abrió la vida intelectual mexicana a temas históricos más universales. Pese a la fuerte oposición de los historiadores positivistas, la llamada historia de las ideas atrajo a estudiosos mexicanos y pronto se desarrolló una rica bibliografía, influenciada por las circunstancias de México y como reacción a la abrumadora presencia de Estados Unidos. Asimismo, la intensa actividad de traducción iniciada por Daniel Cosío Villegas en los años 30 e incrementada con la llegada de los catedráticos españoles exiliados, puso punto final a la cerrada mentalidad provinciana que había dominado previamente la escritura de la historia. Basta revisar los catálogos de publicaciones del Fondo de Cultura Económica y de El Colegio de México de los años 40 para darse cuenta de la revolución intelectual que tuvo lugar. Fueron traducidos toda clase de trabajos clásicos de historia, que incluían algunos sobre filosofía de la historia y sobre historiografía universal; muchos de los trabajos se publicaron en español décadas antes de ser traducidos al inglés, como es el caso de trabajos de Braudel, Dilthey y Heidegger. El éxito se debió en gran parte al ojo avizor de Cosío Villegas, que dirigió cuidadosamente los programas de publicaciones del Fondo de Cultura Económica y de El Colegio de México, aprovechando las circunstancias mundiales favorables en ese momento para el desarrollo de las actividades culturales en español.

La investigación histórica tuvo entonces un tono muy hispanoamericanista. Todavía no se adoptaba el término

Latinoamérica, que vendría del norte y que curiosamente adquiriría un sentido político en los años 60 y 70, en que confluían refugiados de toda Latinoamérica lo que le daría gran importancia a su estudio, aunque con un carácter más político y socioeconómico que histórico.

En este sentido, el interés en la historia de Estados Unidos era complementario con estos intereses, tal vez con la excepción de Juan Ortega y Medina y en menor medida de Josefina Z. Vázquez. Juan Ortega y Medina fue tal vez el primer historiador que se adentró en temas de historia norteamericana sin relación clara con la mexicana; tal su excelente y concienzuda obra, *La evangelización puritana en Norteamérica* (1976). Sus otras dos obras *México en la conciencia anglosajona* (1956) y *Destino manifiesto* (1972) tenían alguna relación con temas mexicanos pero, en realidad, constituían intentos de comprender corrientes de pensamiento de Estados Unidos. Su libro, *La lucha angloespañola por el control de los mares* (1982) puede parecer, por su título, como tangencial a la historiografía norteamericana; pero la historia inglesa del siglo XVI resulta fundamental para entender a Estados Unidos.⁷ Ortega y Medina en su "Monroísmo arqueológico"⁸ interpretaba el esfuerzo de los estudios arqueológicos norteamericanos durante el siglo XIX como un dramático esfuerzo por compensar la falta de un pasado suficiente.

⁷ J. Frank Dobie lo entendió así al revisar el trabajo *Latin americans in Texas* (1946) de Pauline R. Kibbe: "De hecho Santa Anna fue sólo un elemento incidental. Siendo los colonos de habla inglesa, cuando la separación de Texas, sureños y protestantes, para los clérigos y la burocracia en México, esta separación fue una consecuencia inevitable de la derrota de la armada en 1588 en el canal de la Mancha." *The New Mexico Quarterly Review*, 1947, pp. 505-506.

⁸ Ortega y Medina, "Monroísmo", 1953.

Josefina Z. Vázquez se quedó en las fronteras de la historia de los dos países. Las relaciones entre éstos en el siglo XIX constituían el tema de la primera parte de *México frente a Estados Unidos* (1982); pero su interés particular ha sido la trágica guerra entre los dos países, tema sobre el que había escrito algunos artículos y capítulos de libros. No obstante, también había incursionado en temas totalmente norteamericanos como "La enseñanza de la historia en Estados Unidos" (1968) y "La mujer en la historia americana" (1971).⁹

Solamente otros cinco trabajos publicados hasta entonces trataban de la historia de Estados Unidos: *Fuentes del pensamiento norteamericano* (1950) de Angélica Morales; *La influencia decisiva en un caso de desarrollo autónomo* (1975) de Mario Cerutti, un esfuerzo por interpretar el desarrollo de Estados Unidos basado, desafortunadamente, sólo en fuentes traducidas al español; *Génesis del expansionismo norteamericano* (1979), de José Fuentes Mares; y "Calhoun y el expansionismo norteamericano" (1979) de Jesús Velasco.¹⁰ Había una serie de trabajos dedicados a estudiar la imagen de Estados Unidos en México o en Latinoamérica¹¹ o la imagen de México en el mundo anglosajón.¹²

Con motivo del bicentenario de la independencia de Estados Unidos, y gracias a la colaboración de El Colegio de México con el comité que para tal celebración eligió la American Historical Association, aparecieron *Las revoluciones de independencia de México y Estados Unidos* (1976), antología reunida, por

⁹ Vázquez, "Enseñanza", 1968 y "Mujer", 1971.

¹⁰ Velasco, "Calhoun", 1979.

¹¹ Teixidor, *Viajeros*, 1939; Lerner, *Imagen*, 1971; Rama, *Imagen*, 1975.

¹² Ortega y Medina, *México*, 1955; Vázquez, "John", 1968.

Josefina Z. Vázquez y Richard Morris (con la colaboración de Elías Trabulse), donde se intenta comparar la historia de los dos países a través de los documentos sobre sus independencias y *Dos revoluciones: México y Estados Unidos* (1976), donde se publican las ponencias de seis historiadores mexicanos y seis norteamericanos. La Universidad de Florida, en colaboración con la Universidad Iberoamericana también publicó el resultado de una reunión conmemorativa en el libro *Cardinales de dos independencias* (1978), durante el bicentenario de la revolución norteamericana.

OTROS ESTUDIOS E INVESTIGACIONES

Los estudios restantes pueden ser clasificados en dos rubros: las relaciones diplomáticas entre los dos países y la historia de los anteriormente territorios

españoles, ahora en posesión de otros países. La historiografía hispanoamericana fue, como es natural, desde la independencia en adelante, antihispanista; pero al final del siglo XIX, una serie de importantes acontecimientos patrocinaron un cambio. La guerra entre Estados Unidos y España (1898) dio lugar a la separación de Cuba, la anexión de Puerto Rico y la conquista de Filipinas y Guam por los primeros, así como a la creación de la república de Panamá (3 de noviembre de 1903) que facilitó la construcción del canal bajo la soberanía de Estados Unidos, una desagradable, incómoda y amenazadora sorpresa para Hispanoamérica. La respuesta intelectual vino del famoso libro *Ariel*, del uruguayo Enrique Rodó (1900), que tuvo importantes repercusiones a través de la América hispana. En México, una respuesta historiográfica fue el libro del historiador Carlos Pereyra



publicado en 1909, *La Doctrina Monroe. Destino Manifiesto e imperialismo*.

El resto de las investigaciones y publicaciones cayeron dentro del tema de las relaciones entre los dos países, concentradas en obras generales que trataban el tema dentro de la historia de la guerra del 47. El grueso de los estudios generales apareció en las décadas de los 60 y 70 y entre ellos destacarían los producidos tras años y años de búsqueda en archivos mexicanos, los trabajos precursores de Alberto María Carreño¹³ y el excelente de Luis Zorrilla que agotó documentación en los dos países (1966).¹⁴ La obra de Lorenzo Meyer-Josefina Z. Vázquez, aunque producto de sus propias investigaciones, quería ser la interpretación mexicana de un proceso hasta entonces más bien historiado por norteamericanos (Rippy, Cline, Callahan y Schmidt) como podría serlo también el volumen de Antonio Gómez Robledo, *Relaciones México-Estados Unidos, una visión interdisciplinaria* (1981). Dentro de este tópico cabría también el libro de Gastón García Cantú, *Las invasiones norteamericanas de México* (1971).

Las obras sobre la guerra del 47, a pesar de la importancia del tema, no fueron muy numerosas. Deben mencionarse, por supuesto, los viejos y excelentes estudios de Alcaraz, Payno, Prieto y otros, *Apuntes para la guerra entre México y Estados Unidos* (1848) o de José María Roa Bárcena, *Recuerdos de la invasión norteamericana* (1883). Unos cuantos trabajos aparecieron con motivo del centenario del suceso en 1947, el más destacado fue un concienzudo comentario, de naturaleza histórico-bibliográfica de Silvio Zavala.¹⁵ Por superficial que sea la comparación de la producción más

reciente, salta a la vista el mayor uso de fuentes norteamericanas y un tono menos polémico que en los libros de antaño.

El primer historiador de nuestro tiempo en estudiar seriamente esta guerra y sus antecedentes y defender en cierto modo al inquieto general mexicano Santa Anna, fue Jose C. Valadés.¹⁶ Carlos Bosch García abordó el tema desde un punto de vista diplomático, después de visitar archivos norteamericanos y publicar una selección de fuentes¹⁷ y su *Historia de las relaciones entre México y Estados Unidos*.¹⁸

El grueso de publicaciones sobre la guerra del 47 se emprendió a finales de los años 60 en un Seminario sobre la Guerra dirigido por Josefina Z. Vázquez en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. De ahí salieron varias tesis de maestría, dos de ellas publicadas: Jesús Velasco, *La guerra del 47 y la opinión pública en México* (1975) y Ángela Moyano, *El comercio de Santa Fe* (1976) y un número de la revista *Anglia* (1972).¹⁹ De ese mismo seminario salió una antología de Josefina Z. Vázquez, *Mexicanos y norteamericanos ante la guerra del 47* (1973). En la Universidad Iberoamericana el profesor Daniel Tyler, becario de la Fundación Fullbright, también estableció entonces un seminario sobre la guerra; los resultados de las

¹⁶ Valadés, *Santa Anna*, 1936 y *Breve*, 1947.

¹⁷ Bosch García, *Materiales*, 1957.

¹⁸ Bosch García, *Historia*, 1961.

¹⁹ Allí se reunían artículos de Ortega y Medina, "Fundamentos doctrinales del *Manifest Destiny*"; Sudo, "La novela popular norteamericana y la guerra del 47"; Velasco, "El siglo XIX ante el conflicto con los Estados Unidos y la guerra del 47"; Vázquez, "El Congreso de los Estados Unidos y la guerra del 47"; Cazadero, "¿Pudo México ganar la guerra con Estados Unidos?"; Tirado, "El expansionismo territorial estadounidense y la guerra con México"; Moyano, "El comercio de Santa Fe en las relaciones entre México y los Estados Unidos".

¹³ Carreño, *México*, 1922 y *Diplomacia*, 1951.

¹⁴ Zorrilla, *Historia*, 1966.

¹⁵ Zavala, "Historiografía", 1948.

investigaciones realizadas en 1973-74 y 1974-75 aparecieron en el libro *El destino manifiesto en la historia de la nación americana* (1977).

Otros historiadores se interesaron también por el tema desde el lado norteamericano. Agustín Cué Canovas exploró el destino de los mexicanos en los territorios perdidos, ante el incumplimiento de las cláusulas del Tratado de Guadalupe que los protegían, en el libro *Estados Unidos y el México olvidado* (1970); Gilberto López y Rivas publicó *La guerra del 47 y la resistencia popular a la ocupación* (1976); José Fuentes Mares, tras una investigación acuciosa de periódicos y documentos norteamericanos, persiguió los orígenes del expansionismo, publicó *Génesis del expansionismo norteamericano* (1981) y Ortega y Medina, conocedor de la evangelización y el protestantismo y con una preocupación de tipo más ideológico, se adentró en los orígenes coloniales del *Destino Manifiesto* (1972).

Otro tema que llamó la atención sería hacia estudios mexicanos fue el estudio de la historia colonial de lo que hoy es el suroeste norteamericano. En los años cuarenta Vito Alessio Robles publicó el producto de sus incursiones en archivos mexicanos en *Coahuila y Texas en la época colonial* (1938) y *Coahuila y Texas, desde la consumación de la independencia hasta el tratado de Guadalupe* (1945).

Dos historiadores ya profesionales, María del Carmen Velázquez y César Sepúlveda se preocuparon en sus estudios de la historia del noreste de México y de la historia colonial de Texas, la Luisiana y las Floridas. *Establecimiento y pérdida del septentrion de Nueva España* (1974), *El marqués de Altamira y la provincia de Nueva España* (1979) y *Tres estudios sobre las provincias internas de*

Nueva España (1979) fueron producto de la consulta de archivos y bibliografía mexicanos y norteamericanos como lo fue *Iglesia y Estado en Nueva Vizcaya* (1966) de Guillermo Porras Muñoz, historiador exhaustivo del marqués de Gálvez. Dentro de esta línea erudita y documental se encuentran la obra de Alberto Francisco Pradeau, *Misiones norteñas mexicanas de la Compañía de Jesús, 1751-1757* (1963); de Lino Gómez Canedo, *Primeras exploraciones y poblamiento de Texas, 1684-1694* (1968) y la de César Sepúlveda, *Tres ensayos sobre la frontera septentrional de Nueva España* (1977).

Artículos publicados en México, dedicados a otros periodos de la historia habían estado monopolizados por norteamericanos (Mc Cormack y Schoonover sobre el tiempo de la reforma y la guerra civil, Cumberland y Hindman sobre la revolución) casi todos publicados en la revista *Historia Mexicana* que permitía la difusión de estudios hechos en los dos países. Pero el tema de las relaciones entre México y Estados Unidos del tiempo de la reforma liberal a nuestros días, aunque no ofrecía muchos estudios, sí los había producido de alta calidad, tanto por el uso de documentación procedente de archivos de los dos países, como por el revisionismo interpretativo que encerraban. Entre estos estudios vale la pena subrayar los siguientes: el libro de Daniel Cosío Villegas, *Estados Unidos contra Porfirio Díaz* (1956), que analiza magistralmente las condiciones políticas que impidieron el reconocimiento de Díaz entre 1876-78 y la táctica usada por éste para convertir ese tropiezo en popularidad y los dos últimos volúmenes de la *Historia moderna de México* (1955-1970) dedicados a las relaciones entre México y Estados Unidos durante el periodo porfiriano. En

La revolución intervenida (1971), Berta Ulloa logra mostrar las intromisiones norteamericanas durante la revolución mexicana y la difícil tarea de los gobernantes mexicanos para sortearlas. El libro de Lorenzo Meyer, *México y Estados Unidos en el conflicto petrolero* (1968), representa un tercer ejemplo del profesionalismo histórico de entonces.

Otros historiadores se comprometieron con temas como migración, braceros y problemas de frontera.²⁰ Al establecerse en 1982 el Centro de Estudios Fronterizos en Tijuana, la expansión de sus investigaciones era prometedora. Los innumerables problemas que México ha encarado frente a su poderoso vecino, han llevado a reemplazar la vieja actitud de indiferencia por un agudo interés en

el pasado de Estados Unidos y en las relaciones bilaterales.

LAS RELACIONES ACADÉMICAS ENTRE LOS DOS PAÍSES

Si bien la proximidad a Estados Unidos se ha considerado como un factor negativo para México, las relaciones culturales, en general, han beneficiado a los dos países. Han existido siempre y se incrementaron notablemente después de la violencia de la revolución mexicana, cuando muchos miembros de la llamada "generación perdida" pasaron a México para colaborar con la reconstrucción y en el florecimiento cultural de aquellos años. Las relaciones se hicieron posteriormente menos participativas y más intelectuales. Historiadores y periodistas del norte han contemplado con fascinación el pasado y el presente de la idiosincrasia mexica-

²⁰ Bustamante, *Espaldas*, 1975; Carreras, *Mexicanos*, 1974; Ojeda, *Protección*, 1957.



na; pero después del movimiento revolucionario, se conmovieron por los problemas casi insolubles de su vecino del sur. Algunas veces los escritos de historiadores o pseudohistoriadores influyeron en los acontecimientos y hasta en la opinión de los mexicanos sobre sí mismos; es el caso de la famosa entrevista de James Creelman al presidente Díaz (1908), los reportajes de John Kenneth Turner publicados como *México bárbaro* (1911) y los de John Reed, en su *México insurgente* (1914).

Una vez que la revolución mexicana entró en su fase reconstructiva, algunos norteamericanos testimoniaron, relataron y trataron de explicar, criticar o justificar las dificultades de la nación. Pocos historiadores jugaron un papel tan importante como Frank Tannenbaum, que no solamente avivó el interés sobre México en los círculos académicos de Estados Unidos, sino que ejerció gran influencia en los círculos intelectuales y políticos de México con sus obras *The mexican agrarian revolution* (1929), *Peace by revolution* (1934) y *México, the struggle for peace and bread* (1950). Antropólogos como Oscar Lewis, Robert Redfield, Ralph Beals, George Foster e Isabel Kelly contribuyeron a analizar la compleja sociedad mexicana y muchos arqueólogos ayudaron a redescubrir las culturas indígenas.

Además de estos contactos, la proximidad permitió a muchos norteamericanos cruzar la frontera con el fin de estudiar o hacer investigaciones, al principio en pequeños números que aumentaron en las décadas de 1960 y 1970. Por ello no fue sorprendente que en 1949 el norteamericano Lewis Hanke y el mexicano Silvio Zavala consideraran aconsejable reunir a historiadores de los dos países. Un primer encuentro tuvo lugar en Monterrey y el segundo en Austin,

Texas, en 1958. En estos primeros dos encuentros, los historiadores analizaron temas paralelos en su pasado y cuestiones metodológicas y de enseñanza de la historia.

El tercer encuentro tuvo lugar en Oaxtepec, Morelos, en 1969 y estuvo limitado a los mexicanistas, tal vez porque sus organizadores, dirigidos por Daniel Cosío Villegas, decidieron concentrarse en un solo tema: el análisis de la historiografía mexicana. El cuarto encuentro, celebrado en Santa Mónica, California, en 1973, incluyó problemas contemporáneos mexicanos. El quinto, que tuvo lugar en Pátzcuaro, Michoacán, en 1977, volvió a ser básicamente un encuentro de historiadores bajo el tópico del trabajo y los trabajadores a través de la historia mexicana; y el sexto, celebrado en Chicago, Illinois, en 1981, escogió a los políticos e intelectuales mexicanos como su centro de atención.

Cualesquiera que hayan sido los aspectos tratados, estos encuentros periódicos contribuyeron a incrementar el intercambio de ideas al reunir a los estudiosos de ambos países para mejorar su comprensión del pasado. No sé si existen ejemplos similares en otras partes del mundo, pero es evidente que estas experiencias valen la pena de ser imitadas.

Las relaciones académicas se han acrecentado en forma continua y los tímidos convenios del pasado devinieron en intensos intercambios culturales entre las grandes instituciones; se pueden mencionar, como ejemplo, los convenios entre la UNAM y las universidades de California y Texas que han derribado la desconfianza del pasado, encarando solamente las penosas experiencias de la crisis económica. Las ricas colecciones norteamericanas de libros sobre su propio pasado han atraído en forma crecien-



te a historiadores mexicanos, de manera que las bibliotecas han jugado un importante papel en este intercambio. También ha sido creciente el número de profesores mexicanos invitados a impartir cátedra en universidades norteamericanas. Todos éstos han sido signos de unas relaciones fructíferas que han contribuido a moderar los etnocentrismos y a desarrollar una comprensión histórica que permita aligerar el legado de un pasado difícil.

BIBLIOGRAFÍA

- Bosch García, Carlos, *Historia de las relaciones entre México y Estados Unidos, 1819-1848*, UNAM, México, 1961.
- , *Materiales para la historia diplomática de México, 1820-1848*, UNAM, México, 1957.
- Bustamante, Jorge, *Espaldas mojadas: materia prima para la expansión del capital norteamericano*, El Colegio de México, México, 1975.
- Carreño, Alberto María, *La diplomacia extraordinaria entre México y Estados Unidos*, Editorial Jus, México, 1951.
- , *México y los Estados Unidos de América: apuntes para la historia del acrecentamiento territorial de los Estados Unidos a costa de México desde la época colonial hasta nuestros días*, Imprenta Victoria, México, 1922.
- Carreras, Mercedes, *Los mexicanos que devolvió la crisis 1929-1932*, Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1974.
- Cosío Villegas, Daniel, "De la necesidad de estudiar a Estados Unidos", *Anglia. Anuario de Estudios Angloamericanos*, vol. I, 1968.
- Lerner, Victoria, *La imagen de los Estados Unidos en los viajeros mexicanos*, El Colegio de México, México, 1971.
- O'Gorman, Edmundo, *La invención de América*, FCE, México, 1958.
- Ojeda, Mario, *La protección de los trabajadores emigrantes*, s.e., México, 1957.
- Ortega y Medina, Juan Antonio, *México en la conciencia anglosajona*, 2 vols., Antigua Librería Robredo, México, 1955 (México y lo mexicano, 22).
- , "Monroísmo arqueológico. Un intento de compensación de americanidad insuficiente", *Cuadernos Americanos*, vols. v-vi, septiembre-diciembre de 1953.
- Rama, Carlos M., *La imagen de Estados Unidos en los viajeros mexicanos*, SEP, México, 1975 (Sepsetentas, 226).
- Teixidor, Felipe, *Viajeros mexicanos siglos XIX y XX*, Letras de México, México, 1939.
- Tyler, Daniel, *De Truman a Nixon, uso y abuso del poder presidencial*, Universidad Iberoamericana/El Caballito, México, 1981.

1
6
1

_____, *et al.*, *El destino manifiesto en la historia de la nación norteamericana*, Universidad Iberoamericana, México, 1977 (Serie Estudiantil, 1).

-Valadés, José C., *Breve historia de la guerra con los Estados Unidos*, Editorial Patria, México, 1947.

_____, *Santa Anna y la guerra de Texas*, Imprenta Mundial, México, 1936.

-Vázquez, Josefina Z., "La enseñanza de la historia en los Estados Unidos", en Juan Antonio Ortega y Medina (comp.), *Conciencia y autenticidad históricas: escritos en homenaje a Edmundo O'Gorman*, UNAM, México, 1968, pp. 407-421.

_____, "La mujer en la historia americana", *Anglia. Anuario de Estudios Anglo-americanos*, vol. IV, 1971, pp. 33-63.

_____, "John Niles: dos juicios sobre México", *Anglia. Anuario de Estudios An-*

gloamericanos, vol. I, 1968, pp. 61-75.

_____, y Lorenzo Meyer, *México frente a los Estados Unidos*, El Colegio de México, México, 1982 (México-Estados Unidos).

-Velasco, Jesús, "Calhoun y el expansionismo norteamericano", *Anuario de Historia*, vol. IX, 1979, pp. 53-80.

-Zavala, Silvio, "La historiografía norteamericana sobre la guerra del 47", *Cuadernos Americanos*, vol. VII, marzo-abril 1978, pp. 190-206.

_____, "El mundo americano en la época colonial", Editorial Porrúa, México, 1967.

_____, "Programa de historia de América. Introducción al mundo americano colonial", *Revista de Historia de América*, vol. XXXIX, junio 1955, pp. 148-161.

-Zorrilla, Luis G., *Historia de las relaciones entre México y Estados Unidos de América*, 2 vols., Editorial Porrúa, México, 1966.

1

6

2